



SERGI DORIA

«Parece que muchos autores siguen contemplando la cultura del país cual isla mirífica, en cuyo malecón se deben estrellar los embates de las olas masificadoras. Por un lado, se aspira a que la cultura catalana navegue en océanos universales y por otro, se pide que las naves sean escoltadas por los acorazados del patriotismo»

ANATOMÍA LITERARIA

EN el «Quadern gris», Josep Pla recuerda su tanteo con la Medicina en una visita al Hospital Clínico. Confiaba en resistir la sala de disección, pero le costaba comprender «que es pogués estudiar l'anatomia de memòria». Cada año, la UOC y la Institució de les Lletres Catalanes promueven en el anfiteatro anatómico de la Real Academia de Medicina, un «Balanc i profecia de la literatura catalana». Los intervinientes: Oriol Izquierdo profesor de la URL, la editora de Tarragona Lurdes Malgrat, los escritores Imma Monsó y Jordi Puntí, el librero Guillem Terribas y la directora de cine Rosa Vergés. Lurdes Malgrat recordaba una broma telefónica cuando la llamaron para el debate: «Que si hacemos una autopsia, que si hacemos una biopsia, lo dejamos en biopsia de momento, y ciertamente con la esperanza de que esto sirva para que en el futuro no llegar a la autopsia...».

Cuando uno conversa sobre literatura catalana, se identifica con Pla: la anatomía se hace de memoria. Y la memoria de la literatura catalana siempre pasa por una biopsia que indica unos males perpetuos. Parece que muchos autores siguen contemplando la cultura del país cual isla mirífica, en cuyo malecón se deben estrellar los

embates de las olas masificadoras. Por un lado, se aspira a que la cultura catalana navegue en océanos universales y por otro, se pide que las naves sean escoltadas por los acorazados del patriotismo. Y el «memorial de greuges» catalán no difiere del que podrían redactar otros países. El «instant book» es un fenómeno global. El profesor Oriol Izquierdo, por ejemplo, subrayó con pertinente lenguaje que «la precariedad de plataformas (académicas, editoriales) otorga una preeminencia escandalosa al éxito comercial como enzima que permite valorar las obras» y señaló que «el problema no es la lengua, sino la consideración de lo que se ofrece: los medios están atentos al éxito seguro. El éxito es el parámetro de valoración de las obras». ¿No sucede también esto en la literatura castellana? En esa dicotomía entre el creador literario y el productor editorial abundó Imma Monsó; apuntó que en 2005, la voracidad del mercado se incrementó respecto al año anterior, pero introdujo el matiz: «Han empeorado aquí y empeoran en Suecia e Irlanda: creo que cualquier creador interesado en decir alguna cosa diferente o que quiere ir más allá de los tópicos, se encuentra automáticamente en una situación de cierta marginalidad, casi de exilio, es-

té donde esté».

Hay que escuchar a la Monsó y hay que leerla, porque es una de nuestras escritoras más solventes y exportables. Hay que leer a la Monsó y a Jordi Puntí y dejarse de biopsias, que lo único que perpetúan es la hipocondría cultural... Dejar de pensar qué nos pasa y ponerse a escribir buenos libros —Puntí recordó atinadamente la «fórmula magistral» de Pla: «Escritores... no seais sosos ni aburridos»—; hay que cultivar la «literatura en samarreta», que tanto sirve para un buen diario como para una novela policiaca. Respetar la inspiración, pero entregarse a la transpiración. Pensar que a la literatura catalana de 2005 la salvó La Campana. Y no porque disputara un combate de boxeo, sino porque la editorial de Isabel Martí publica una veintena de títulos al año de los cuales cuatro —«La pell freda», «Pandora al Congo», «Lolita Bosch» y «Tor»— se han encaramado en la lista de más vendidos. Estamos hablando de una editorial pequeña, carente de estruendos altavoces publicitarios, de una editora que no frecuenta los medios... Esa es la auténtica clase de anatomía; lo otro es un cuadro de Rembrandt... o entonar —de memoria— la salmodia del lamento; transitar de lo anatómico a lo forense.